

EL TRABAJO, DOLOR Y GLORIA (*)

Por Francisco Arias Abad

Para Alfredo, Elvira y Trinidad Cazabán, por si estas páginas les proporcionan algún deleite espiritual.

El autor.

PRELIMINARES

EL autor de estas líneas ignora si lo de «periodista giennense», que figura en el enunciado del tema, se refiere literalmente a un periodista nacido en Jaén mismo o si incluye al nacido en cualquier punto de la provincia.

El gentilicio en cuestión, por su propia vaguedad, se presta a estas dos interpretaciones. Pero si la entidad donante del premio se inclina por la primera, el presente trabajo no tiene aplicación oficial en el certamen y habrá que dejarlo fuera de concurso, pero no eliminarlo. Esta es la voluntad del autor y quisiera que también fuese la del jurado. Este, sin embargo, y con mejor criterio, juzgará.

El deseo del que esto escribe es honrar la memoria de un periodista, literato y poeta que llenó una larga época de la vida intelectual de Jaén y su provincia, a la que consagró toda la sustancia de su talento y de su espíritu, con tal intensidad, que si mereció la admiración de sus coetáneos, merece también el recuerdo de las sucesivas generaciones.

(*) *Biografía premiada de D. Alfredo Cazabán Laguna, hijo de Ubeda*

ya que su prolija y brillante labor tuvo un rendimiento capaz de orientar y nutrir el espíritu y el sentimiento de cuantos, después de él, vivan para el periodismo y la literatura.

Me refiero a Cazabán. Un ruiseñor a veces, pero siempre como el gaitero campoamoriano. Y por esto, y por todo lo que fue, se le recuerda tan intensamente que parece que vive o que falleció en fecha no lejana.

Comenzó y concluyó del mismo modo: con ilusiones y con inquietudes. Amado Nervo dijo lo que se hubiera podido decir de Cazabán:

«Sufrió su pasión,
Rió su reír,
Cantó su canción
...y se fue a dormir!»

Su pasión y su risa fueron para la tierra. Cantó desde la enramada. «Se fue a dormir» en brazos del desengaño. Así fue su vida, así su esperanza y así su dolor.

Desde luego no es posible hablar del desenvolvimiento intelectual de Jaén sin hablar de Cazabán con admiración y simpatía, y muchos con gratitud, y si hiciéramos una excursión por los lugares históricos de la provincia, tendríamos que dedicarle un recuerdo muy estimable, pues no hay monumento vetusto, relicario histórico o piedra milenaria que no haya merecido páginas brillantes de su ágil pluma, de aquella pluma serena, inquieta o febril (de todo tenía) que no conoció el ocio, ni el regalo y que vibró continuamente en la noble desazón de consagrarse al descubrimiento y loa de los tesoros legendarios de esta provincia, que tantos blasones y tantas glorias aportaron a las grandezas patrias.

Cazabán comenzó a luchar en la decadencia del siglo XIX, cuando España vio desmembrarse los residuos de su imperio, y con afanes y angustias se esforzaba en restañar sus sangrantes heridas.

Coincidente todo esto con la amarga depresión espiritual que entonces agobiaba al joven ubetense, no es de extrañar que los preliminares de su vida literaria fuesen vacilantes e imprecisos, en su esfuerzo de no sumirse en el pesimismo nacional. Lo veía todo entenebrecido y no quería pensar con Goethe que la realidad es un ideal venido a menos.

El ruiseñor empezó a cantar en la enramada y, esforzándose en vencer su propio pesimismo, su pluma siguió el ritmo del canto y de ella brotaron páginas melancólicas, pero sugerentes, quizá con el mismo empeño que tuvo Leopardi de contagiar a los demás sus propios sentimientos, no para deprimirlos, sino para aliviarlos y confortarlos con nuevos impulsos. Y con este loable egoísmo, Cazabán se debatía entre el ser y el no ser de Hamlet, pero con el deseo de ser dentro de la más pura ortodoxia del amor y de la idea.

Cazabán tomó esta senda y no la abandonó en el resto de su vida. Enamorado de la belleza, lo invadió todo con el elegante esteticismo que palpitaba en él. Por eso, cuanto salía de su pluma era un recreo para el espíritu. Tan embebido vivió en esta simpática tarea, que se olvidó de sí mismo y pudo muy bien decir con Bécquer: «Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido». Vivió de sus sueños. Gustó de la imaginación y para poder mantenerse en esta postura idealista, cantó invariablemente desde la enramada.

Si alguna vez bajó a ras de tierra fue para ponerse en contacto con las pasiones humanas, como Andrenio, y volverse otra vez desengañado a su mundo ideal. Tuvo una sonrisa para esto, una mueca para lo otro y un epigrama para lo de más allá. La cumbre de su dolor fue su atalaya y el dolor centró su vida.

He aquí por qué un estudio de Cazabán encaja perfectamente en el tema propuesto. El autor de estas líneas se decide a hacerlo. *ALEA IACTA EST.*

BIOGRAFIA Y SEMBLANZA

MEZCLO la semblanza con la biografía para que ésta sea más humana y espiritual. La biografía en sí dice poco. No revela la vida interior, según expresión feliz de Eduardo del Palacio —digno heredero de su padre, el insigne poeta Manuel del Palacio—, en su sentida y brillante apología de Bécquer. Yo también creo con Nicomedes Pastor Díaz, que «más que acumular datos, fechas y hechos la biografía es la aprehensión emotiva de unos y otros con un supremo afán de verdad».

Don Alfredo Cazabán Laguna nació en Ubeda el 13 de abril de 1870. Falleció en Jaén el 14 de enero de 1931.

Se hizo Bachiller de Artes y Maestro Superior de Primera enseñanza. Fueron dos títulos puramente decorativos y simbólicos, porque ni pasó a la universidad ni ejerció, que yo sepa, la Pedagogía docente. Como Juan de Mena, fue un puro hombre de letras. Por ellas se bebió las lágrimas como Bécquer. Por ellas se olvidó de todo menos de su madre, de su mujer y de sus hijos. Por ellos tuvo ambiciones y vanidades, anhelos y propósitos, y por ellas sufrió desengaños y gozó placeres.

A los 13 años publicó su primer artículo en un semanario de Ubeda. Este balbuceo inicial señaló la pauta de su vida y marcó su porvenir literario. Tardó éste en cuajar, porque las vicisitudes se interpusieron y de momento estorbaron su marcha ascendente.

Imberbe aún acompañó a sus padres en un viaje a Francia. ¿Con qué objeto? Lo supe y lo he olvidado, y no he tenido tiempo de acudir a quien hubiera podido informarme exactamente. Cazabán, igual que Fray Luis de Granada, no ocultó nunca la humildad de su origen. Un día me refirió toda su vida. ¡Si yo recordara el relato!... ¡Qué semblanza y qué biografía podría trazar!... Mi memoria es, desgraciadamente, un archivo muerto. Tal vez imitando a Lazarillo de Tormes, pero sin la

picaresca de éste, buscaran en Francia la cumbre de la buena fortuna. Pero la implacable adversidad tenía reservada a Cazabán la más espantosa de su vida. En una estación francesa. Fue en Salvatierra, provincia de Alava. Era el 18 de agosto de 1888, aquel jovenzuelo, que no sabría todavía reír ni llorar ante las cosas de la vida, vio morir repentinamente a su padre.

Era aquella estación un lugar inhóspito y solitario y Cazabán se encontró sin recursos. Sería curioso saber —y lo supe yo— qué auxilios recibió de la Providencia para resolver el espeluznante problema que en un momento despiadado y cruel le planteó la desgracia.

Creo que Cazabán se sobrepuso a sus años. Con entereza hizo frente a tan espantosa situación para no abatir a su madre, que pensó morir en aquellas tristes horas.

¿A dónde dirigieron sus pasos? No lo sé. ¿Llegaron más adelante? Lo ignoro. Si la memoria no acude en mi ayuda, ¿qué he de hacer? Lo que sí sé es que Cazabán buscó el medio de asegurar el pan a su madre. Uno y otro no tuvieron más alegría que saber llorar. Pero en aquel triste éxodo no había de faltarle el maná bíblico. Pasaron por cerca de un campo de trigo. Unos hombres segaban la mies bajo un ardiente sol estival. El joven imberbe tuvo una idea: él también podría segar... No sabía. No lo había hecho nunca. Pero tampoco sabía segar Ruth y segó, también para vencer el infortunio. Pidió trabajo allí mismo, se lo negaron; volvió a suplicar en nombre de su madre y por caridad formó parte de la cuadrilla de segadores. El prodigio se obró. La hoz fue manejada diestramente y Cazabán libró a su madre de un ayuno implacable.

Como fray Luis de Granada, Cazabán no supo ocultar los momentos azarosos sufridos, sino que se ufanaban de haber sabido enfrentarse con ellos, considerando que la adversidad es, no sólo gran maestra de la vida, sino un regalo del cielo para templar las almas en la serenidad, en la fortaleza y en la resignación. Los primeros años de su vida fueron de opulencia, pues su padre poseía en Ubeda un magnífico bazar, que les permitía un desahogado vivir. Azares funestos dieron al traste con tan felices auspicios y el tinglado venturoso se derrumbó. El mismo Cazabán relató públicamente aquel amargo episodio, con una franqueza y una sinceridad que tuvo conmovedora resonancia.

Cuando, en el año 1905, fue nombrado correspondiente de la Real de la Historia, lo obsequiaron con un banquete los corresponsales en Jaén de la prensa madrileña, que eran: Ximénez, por «El Imparcial»; Nido (don José), por «A B C»; Ruiz Durán, por «La Correspondencia de España»; Latorre Berro, por «El Universo»; Monje Avellaneda, por «El Diario Universal»; Enrique Guindos, por «El Liberal»; García Requena, por «Gente Vieja», y Cuenca Arévalo, por «La Epoca».

En aquel acto brindó Cazabán con unas estampas sentimentales, que eran fragmentos autobiográficos, magnífica y honrada epopeya de los dolores más intensos de su vida. Han llegado a mí después de escritas estas páginas precedentes, y en vez de una referencia, que no reflejaría exactamente ni su valor literario, ni su profunda y deseconsoladora filosofía, ni las vibraciones conmovedoras de su corazón, me parece mejor reproducir aquí aquellas palabras, que son una maravillosa lección de humildad. Dicen así:

«MI VIDA»

I

UNA mañana vino mi madre a mi lecho. Me besó llorando y me dijo: «Hijo mío, ya somos pobres». Aquella mañana pensé yo por primera vez en el trabajo. Era en Ubeda.

II

Una mañana me llamó mi padre y me abrazó diciendo: «Hijo mío, ya no puedo más». La muerte me rinde. Era en Madrid.

III

Una mañana corría muy deprisa el tren. En él íbamos mi madre, mi padre y yo. Las sombras de un túnel nos cubrieron. A mi lado sentí estremecerse un cuerpo y caer sobre mí. Salimos a la luz. Mi padre estaba muerto. Bajamos del vagón. Yo mismo lo llevé en mis hombros al camposanto. Era en Salvatierra de Alava.

IV

Una mañana estaba mi madre llorosa como nunca. «¿Qué te pasa, madre mía?» «Nos echan. Porque tú no sabes segar y ganar para que yo coma». «¿Dónde vamos?» Y segué, pinchándome el cuerpo y tostándome el sol. Era en Francia.

V

También era una mañana. Por lecho un jergón para los dos. Una comida al día. Mi madre, cuando yo no la veía, haciendo media para venderla. Yo, viendo siempre el mañana con la esperanza puesta en los rezos de mi madre.

VI

Ya no es mañana. Ya es noche de mi vida. Han pasado catorce años. En mi alma viven las sombras. Estoy en plena vida y me siento viejo. Nacieron mis amores y mis hijos y murieron luego o viven marchitos.

Y en ese marco de tristeza, en ese latido inseguro de la sangre que ha labrado, pena tras pena, lucha tras lucha, la aneurisma de mi corazón, viene la Academia a subirse a ella y venís vosotros a darme un banquete de agasajo.

Permitidme que, agradeciéndolo desde lo más hondo de mi ser, tome un honrado pedazo de pan de esta mesa y unido al título honroso que me otorgan, vaya a mi viejecita y le diga: «Toma, madre mía; mira eso antes que para una eternidad cierres tus hermosos ojos azules, como el cielo en quien siempre puse mis esperanzas pensando en ti.»

¿Cómo se deslizó el éxodo? Debió de ser muy desolado. Arribó a Jaén con su madre ¡Bendito equipaje, que fue la divina mascota de su vida! No tardó en darse a conocer con su pluma. Gratas perspectivas se abrieron ante él. Se dispuso a recorrerlas y a ganarlas. Cantó a las flores y a los pájaros, al amor y a la luz. ¡Quiso poetizarlo todo!

Ingresó en el periódico «La Unión», que luego cambió el título por el de «La Lealtad», del que fue redactor jefe. Casi todos los tra-

bajos periodísticos los firmó con el pseudónimo, tan agradable a Jaén, porque nadie se lo tomó a Baltasar de Alcázar hasta entonces, de «Don Lope de Sosa». Pseudónimo que más adelante había de servir a Cazabán para titular la revista fundada por él para gloria suya para honra y prez de Jaén y su provincia.

Por no sé qué discrepancias con los señores Nido Segalerva, propietario de «La Lealtad» (don Rafael era jefe del Partido Liberal y don José, que obraba entre bastidores, manejaba la orientación del periódico, y hasta se decía que también la política), Cazabán salió del periódico y fue lanzado otra vez a la vorágine de la incertidumbre. Es el triste sino del periodista, encumbrar a otros y quedarse él en el llano. La labor del periodista se agradece poco y se olvida rápidamente. Su obra queda, mientras él sucumbe. Por diez o doce duros al mes —tal vez menos— había que hacer el editorial, la crónica de sociedad, la noticia volandera, sucesos, teatros, etc., etc., y, sobre todo, el trampolín para que el cacique subiera y escalara los puestos políticos con que lucirse, como si los hubiera ganado con su esfuerzo y no con el sudor de su humilde asalariado.

Aprovechando el incidente, el que esto escribe visitó a Cazabán en su domicilio para ofrecerse a él y para animarle a seguir luchando y sufriendo. Cosa fácil, puesto que sabía perfectamente, con Bécquer, que sin reír se podía vivir, pero no sin llorar, y le recordé que el dolor nos hace grandes y fuertes. Cazabán era muy sensible y lloró como un niño. ¿Le conmovió mi generosidad o temió que el cielo se le hubiera cerrado? Hablamos de las ingratitudes humanas y del deber de hacerles cara para vencerlas con nuestro desdén y con nuestra dignidad. Por entonces Cazabán proyectaba la fundación de la revista «Don Lope de Sosa», que tanto renombre había de conquistarle. Precisamente no más tarde que en los días en que estas líneas se escriben, un diario madrileño de los de más notoriedad ha hecho una elogiosa referencia de Cazabán y de aquella obra suya. Cazabán me habló con entusiasmo de su proyecto y se las prometía muy felices con el resultado. Como la revista tenía por exclusivo objeto exhumar el acervo histórico de la provincia, y éste era muy copioso, hube de preguntarle con qué recursos contaba para llevar a cabo felizmente una empresa tan costosa y difícil. Me llevó a una habitación, cuyas paredes estaban casi cubiertas con estantes llenos de numerosos legajos, y con la misma prosopopeya con que Cisneros

mostró a los nobles levantinos los cañones alineados en la plaza y les dijo: «Esos son mis poderes», a mí me dijo, señalando aquellos atadidos de manuscritos viejos: «Ahí tengo veinte años de Don Lope de Sosa», y otros veinte que me asegurarán mis corresponsales y mis colaboradores de la provincia y de toda España.

Aquella ufanía fue una realidad, y «Don Lope de Sosa» salió a la calle vestida de gala por dentro y por fuera —papel satinado, profusión de fotografías y magnífica colaboración— y con este decoro se mantuvo hasta que murió su fundador. Llovieron las suscripciones y «Don Lope de Sosa» se aseguró desde el primer momento un prestigio que no conoció la decadencia. No necesitó más propaganda que la sucesión de un número tras otro, a cual más interesante. ¡El Santo Reino tuvo en «Don Lope de Sosa» un portavoz elocuente de sus glorias pasadas!

Cazabán no tuvo ya nada que sentir y el sol salió otra vez para caldear su espíritu. Ingresó en «La Regeneración» como redactor jefe al morir García Requena. Fue nombrado cronista de la provincia, académico correspondiente de la Real de la Historia y de la de Bellas Artes y propuesto para la de Córdoba. Ingresó en la Orden civil de Alfonso XII. El cielo le sonreía. En el trabajo halló un trono para sus afanes. Su vida era más fácil y halagadora. ¡Apareció el ruiseñor en la enramada!

Por iniciativa de Prado y Palacio se creó en Jaén el Museo provincial de Bellas Artes y Cazabán fue designado director del mismo. Primeramente fue establecido en los bajos de la Diputación. Por cierto que su despacho pareció el de un memorialista. Pero a gestiones suyas, la provincia, o el Estado, o los dos, no lo sé ciertamente, emprendió la construcción de un magnífico edificio para instalar definitivamente el Museo. No llegó a terminarse, aunque no le faltó mucho. ¿Qué ha sido del Museo? ¿Qué han sido de las obras que en él figuraban ya? En él vi la preciosa maqueta de la estatua del insigne vate Almendros Aguilar, hecha por nuestro ilustre comprovinciano y laureado escultor Jacinto Higuera. ¿Dónde está? ¿Qué poderosa iniciativa hace falta para que Jaén pague su deuda a la memoria del esclarecido poeta? El Papa León XIII pudo llevar grabado en un relicario colgado al cuello (creo que lo enterraron con él) el maravilloso soneto «A la Cruz», digno competidor en inspiración y misticismo al «No me mueve, mi Dios, para quererte», del monje mejicano fray Miguel de Guevara. Hasta ahora, a lo más que ha llegado Jaén es a dar el nombre de Almendros Aguilar a una calle y a esculpir el soneto en las alturas del castillo de Santa Catalina.

Cazabán fue también secretario general de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, en la que hizo una gran labor, no sólo en la marcha ordinaria de la Sociedad, sino en la organización de la hermosa velada de todos los años en honor de su fundador, Carlos III, y para solemnizar el reparto de premios a los alumnos de sus escuelas primarias, y de Artes y Oficios, y los correspondientes a los muchos legados benéficos que administra la Sociedad. Y tenía un delicado gusto para confeccionar los programas, de los que Jaén guarda buena memoria.

No hubo fiesta literaria o acto cultural en el que el nombre de Cazabán no figurara entre los más distinguidos, porque entre el elemento intelectual de Jaén, Cazabán era un astro que brillaba con luz propia. Muerto García Requena, en él se centró toda la atención pública.

Era poeta y prosista excelente. Sus poesías rebosaban inspiración y ternura. Eran una prolongación de esa manera fervorosa que él usaba para expresar sinceramente sus sentimientos. No resisto la tentación de reproducir aquí una poesía suya que hizo para el homenaje en honor del venerable maestro Montero Moya, cuando éste fue jubilado el año 1904 de su cargo de profesor de primera enseñanza.

La recitó en el banquete. Dice así:

«Romancillo»
—
¡pobrecito viejo!
—
Allá va un romance
sencillo, modesto.

—
En este recinto
en donde risueños
pasamos las horas
que nos quita el tiempo,
flotando en el éter
dos almas yo veo...

El alma de niño
el alma de Almendros.
El alma ternísima
de Pepe Moreno.

¡Dejad que reposen
la paz de lo eterno!
—
¡Dejad que en la gloria
repitan sus versos!
La muerte inhumana
se llevó sus cuerpos...
La muerte salvaje
borró sus acentos...
La muerte sus lirás
rompió con estruendo...
La muerte, al robarlos,
nos dejó este resto...

—
¡Qué resto más puro!

—
¡Pobrecito viejo!

—

Yo le amé de niño,
aún sin conocerlo.
Que su catecismo
se metió en mi seno
y prendió mi alma
con garfios de hierro.

¡Cuántas, cuántas noches,
mis hijos muriendo,
muriendo mi padre
allá en el destierro,
sin pan en mi casa,
recité sus versos!

Sus versos benditos
que no me trajeron
el pan de la tierra,
que es falto de peso,
sino el pan sublime
que viene del cielo,
y de la esperanza,
que da el pensamiento.

Yo le amé de joven.
El fue mi maestro
en forma de padre,
llegando a mi encuentro
y dándome apoyo,
y dándome alientos;
y cuando los días
pasaron ligeros,
fundé mis triunfos
sobre sus cimientos;
fundé mis amores
sobre sus consejos.

Y cuando en la vida
rodando en su eterno
rodar, implacable,
mis hijos nacieron,

yo dije a mis hijos,
para hacerlos buenos,
yo dije a mis hijos,
angelillos tiernos:
Unid vuestras almas
a la de Montero.
Bebed a su lado
amor y respeto.
¡Veneradle siempre!
¡Pobrecito viejo!

—
¡Cómo van los días
veloces corriendo!
¡Quién besó su mano
muchacho inexperto,
tiene ya en su rostro
las huellas del tiempo!
¡Hermoso homenaje!
¡Pobrecito viejo!
Serán tu corona,
honrado maestro,
risas de los niños,
llanto de los buenos,
besos de las musas,
luces de lo eterno,
plata de tu prosa,
oro de tus versos,
cuerdas que Bernardo
rompiera en tu obsequio
de su lira ronca...
Dejad que tremendos
aquí, en lo profundo
de mi noble pecho,
vibren los latidos.
Permitid que ellos,
llevando la sangre
ligera al cerebro,
exciten valientes
la acción de mis nervios.

Permitid que honrando
 al pobre maestro;
 permitid que honrando
 la historia del viejo,
 en su blanca frente
 que nieves cubrieron,
 en su blanca frente
 deposite un beso.»

El cronista de aquel acto dijo así: «Al terminar el señor Cazabán y sellar con un ósculo la frente despejada del maestro, una nutrida salva de aplausos coronó el bellissimo trabajo».

Lo que no dijo el cronista, pero los lectores suplirán la falta, fue que Cazabán puso en este beso las lágrimas de sus ojos y las efusiones de su corazón.

Su presa era también pulida y elegante, sin artificios ni presunción. Manejaba muy bien la metáfora como único elemento decorativo. Eso sí, se recreaba con ella. En una semblanza suya que se publicó hace muchos años (1), se lee lo siguiente: «Cazabán literato, representa la estética, el color y la armonía». Su prosa es bella y fragante como un ramo de flores. Carece de arte en su figura física, pero lo tiene en su conformación espiritual. Toda la estética que se le ha ido a su aspecto exterior, se le ha concentrado en el corazón y en la inteligencia. Campoamor sacrificaba la forma al pensamiento. Cazabán, si a ello se ve obligado, sacrifica el pensamiento a la forma. Para aquél, la idea significa más que el sonido. Para éste, el sonido lo es todo. Cazabán es un romántico. Es el poeta de las flores y de los niños. Viviría muy a gusto en un jardín de Rusiñol, embriagado de luz y de colores. En su vida íntima es un ejemplo vivo de excepcionales virtudes. Quiere a su madre con frenesí y veneración. A ella le ha dedicado las páginas más emotivas y fervorosas. Es un gran esposo y un gran padre. Por ellos son sus afanes y sus viglias. Por ellos su tarea es abrumadora. Y en holocausto de estos amores con sus anhelos y sus ansias de gloria y de fortuna. En la vida social es cordial y efusivo, muy efusivo y muy cordial. Sostiene sus amistades con discreción. Las tertulias las ameniza

(1) En "Almas Vivientes" obra del autor de estas páginas.

con garbo. Tiene un gracejo especial. Eso sí, cuando le da por ser mordaz e irónico, lo es en grado sumo. Sabe muchos cuentos y chistes, que refiere con atrayente amenidad.»

Todo eso era así. Fue simpático y ocurrente. Hacía todo el bien que podía. Era lo que se dice «una buena persona». Cautivaba con su trato siempre amable y risueño. Si tuvo alguna polémica la sostenía sin agresividad, porque no era belicoso y sí muy cortés. Sus ataques *los untaba con vaselina* para molestar con ellos lo menos posible. Enemigos de verdad no tuvo ninguno... Envidiosos tampoco. En su época nadie le sobrepujó porque era el veterano, el que gozaba de autoridad y de crédito. Los demás se nutrían de sus consejos porque a su lado se consideraban aprendices. Su pluma fue generosa y con ella elevó a políticos, escritores y artistas. Los políticos le dieron honores, pero no bienestar. Lo que en este sentido disfrutó se lo ganó a pulso. Fue un autodidacta. Se formó a sí mismo. Múltiple en sus tareas, su descanso era leve. Funcionario de la Diputación; director del Museo de Bellas Artes; secretario de la Junta provincial de Protección de Menores; secretario general de la Económica; cronista de la provincia; redactor jefe de «La Regeneración»; director de «Don Lope de Sosa»; profesor del colegio de San Agustín, y luego, de la Institución Teresiana; conferenciante, publicista, colaborador de otros periódicos... ¡Y no desatendió ninguno de estos quehaceres! ¿Cómo podía ser esto? ¿Cuál era la elasticidad de su vigor físico? ¿Qué hacía con las 24 horas del día para no dejarse ningún cabo suelto y llevarlo todo adelante con provecho y con gloria? Y, sin embargo, aún podía gozar una hora de ocio en el café «España», sentado junto a uno de los balconillos que daban a la Carrera, para que no se le *escapara* la mujer garbosa, el petimetre insulso, el que no era nada y pretendía serlo, el mercachifle, el avaro, el trapisondista, para todos los cuales tenía un comentario agudo y feliz, cuyo éxito consistía en que estaba hecho *a la medida*; y a todo esto, sin abandonar su tertulia, embobando a los amigos con sus relatos y con sus chistes, con sus «reparos» y con sus ironías. Todo esto podía ser merced a su mentalidad prodigiosa y a la pintoresca fluidez de su palabra.

Su cerebro no conoció la fatiga. El tiempo no existió para él, porque el tiempo era su talento y su voluntad, y escribía incesantemente, en el reposo o en el bullicio, en la calle o en el despacho, en la visita

o en la tertulia. Yo he visto a él tomar notas en un acto público, y las notas consistían en que ya le había salido el artículo dispuesto para el periódico. Yo le decía que llevaba en la cabeza las cuartillas, el tintero y la pluma y que de ella salían las cuartillas escritas como los pliegos salían de la rotativa. A su sagacidad y penetración no se le escabullía nada. El que andaba despacio, el que andaba deprisa, el sonriente y el triste, el charlatán y el silencioso, el adulador, el sobrio, el descuidado y el presumido, todos le inspiraban un epigrama a veces punzante.

Su pensamiento era tan ágil como su pluma. Pródigo y pródigo en el pensar, en el sentir y en el hacer, no regateaban su concurso o su ayuda cómo, cuándo y donde fuese preciso. Estaba en todo y para todo. Su espíritu flexible y fervoroso se prestaba a la oración y al arrullo, a la poesía y al arte. Poesía y arte rezumaban sus versos y su prosa. Su «Poetas y Poesías» no lo escribió, lo cinceló. Es un libro bellissimo. Ditirámico y metafórico, sugestivo y halagador. Sus semblanzas están hechas a compás y a cincel. Ni una palabra más ni una palabra menos. para que la estética no se enojara con él y le arrugara el entrecejo.

¿Cómo podía conseguir esto un tejedor que tanta urdimbre tenía siempre entre manos?

Daba la impresión de que poseía el don de la ubicuidad. Se le veía en todo y en todas partes, porque no faltó jamás a ninguno de sus quehaceres.

Esclavo de su deber, siempre se hallaba en la brecha. El infortunio le empujó como un despojo a la vorágine del trabajo, y en él se hallaba tan complacido y holgado como el pez en el agua. En el trabajo encontraba su descanso. El trabajo fue su dolor y su gloria. Y al infortunio le debió su elegancia espiritual.

Vivió bien, pero murió pobre. Sus prebendas le daban poco de sí porque la época era tacaña y egoísta. Su patrimonio era su talento y el talento es cosa perecedera. Dejó huellas perdurables. La más honda está en las colecciones de «Don Lope de Sosa», monumental biografía del Santo Reino. Nadie podrá referirse a ningún aspecto de nuestra historia provincial sin acudir a las páginas de aquella revista, pulida y lozana en su presentación y en su contenido. Ella basta y sobra para que el nombre de Cazabán perdure en todas las generaciones con un

relieve honroso para la memoria del hombre bueno y trabajador que tanto supo, que tanto amó, y que tanto hizo en una entrega absoluta, con ímpetus hidalgos y generosos, en favor de todos, más que por él mismo. Dejó una huella perdurable. Se le recuerda con cariño y se le cita con elogio, y cuanto más tiempo transcurre, más se agiganta su labor. José Sanz y Díaz, en el número 103 de la «Revista Nacional de Educación», y en un artículo titulado «Ubeda y sus gentes», a las personalidades más relevantes de dicha ciudad —políticos, poetas, literatos, artistas, filántropos—, desde don Francisco de los Cobos y Molina, caballero de la Orden de Santiago, y de Ruiz López de Dávalos, tercer condestable de Castilla, hasta Rafael Gallego Díaz, pasando por Cazabán, de quien dice así: «De Ubeda era el poeta Alfredo Cazabán, que canta así a su ciudad nativa:

«Sobre una loma siempre azulada,
que a veces cubre nuboso tul
y a veces limpia, tiene apoyada
la cristalina bóveda azul».

ALGUNAS ANECDOTAS.

La vida de Cazabán está plagada de ellas. La socarronería, la agudeza y el ingenio provocan situaciones, si a veces enojosas, a veces también festivas, y es posible que reveladoras de inteligencias ágiles y sutiles.

Yo he oído algunas de los propios labios de Cazabán. Casi todas las he olvidado. ¡Cómo había yo de pensar que algún día habrían de servirme! Puedo referir, sin embargo, tres.

El marqués de la Vega-Inclán creo que fue director general del Turismo. Por razones de un cargo, sostuvo frecuentes relaciones epistolares con Cazabán. No se conocían personalmente, pero el marqués tenía gran deseo de conocer al escritor y cronista giennense que tan alta cultura manifestaba en sus informes.

Un día, Cazabán recibió un telegrama del marqués anunciándole su paso por Espeluy, camino para Sevilla, y le mostraba interés por

saludarlo. Cazabán correspondió a la cita, acudiendo a Espeluy. Al llegar el convoy, desde una de las ventanillas llamaron «Don Lope de Sosa». Cazabán se aproximó. El viajero se dio a conocer. Era el marqués de la Vega-Inclán.

Hablaron cordialísimamente de turismo, de arte y de literatura. Cuando el silbato del Jefe de la estación anunció la salida del tren, los interlocutores se despidieron afectuosamente y el marqués dijo a Cazabán: «Muchas gracias por esta entrevista. Salude de mi parte al señor Cazabán y dígame cuánto lamento que no haya podido venir». Cazabán contestó: «Señor marqués, Cazabán soy yo». El tren ya había tomado velocidad y el marqués no pudo aclarar el motivo de su error. Sin duda creyó que el aspecto abacial de Cazabán era incompatible con lo que a su juicio debe tener un hombre de cultura.

La infanta Isabel inauguró el año 1914 el Museo provincial de Bellas Artes. Cazabán, como director del mismo, fue explicando a la infanta cada una de las obras que figuraban en él. Gustó a la egregia visitante la cultura y los conocimientos pictóricos de Cazabán y hubo de decir a éste: «Bueno, ya me has enseñado las obras de los demás. Ahora quiero ver alguna tuya».

Cazabán se quedó sobrecogido. Le pareció embarazoso manifestar que no era pintor, y salió del compromiso rápidamente, mostrando a la infanta uno cualquiera de los cuadros que no había visto aún.

¡Cazabán había de probar todas las heces de la amargura!

Cazabán escribió mucho en periódicos de Jaén y de Madrid. Son incontables sus artículos y sus poesías, sus discursos y sus conferencias, que nadie se ha cuidado de recoger y seleccionar para formar con ellos, no un volumen, sino muchos volúmenes. Su bibliografía es también muy extensa. Que yo sepa, la relación de sus obras es la siguiente:

«El teatro como espejo y escuela de las costumbres» (monografía en prosa).

«Apuntes para la historia de Ubeda».

«El Reino de Jaén y San Fernando» (monografía documentada).

«Política vieja» (estudio histórico).

«Cómo debe ser la prensa moderna» (estudio histórico-crítico).

«Jaén como base de la conquista de Granada» (monografía histórica).

«La cuestión social en Jaén en el siglo XIV» (monografía histórica).

«Cosas de antaño».

«Poetas y Poesías» (florilegio de poetas de Jaén y su provincia).

«El matrimonio» (diálogo representable en prosa).

«Ya soy vieja» (monólogo en verso).

«Hundí el arte» (monólogo en verso).

«Pinicos» (poesías).

«Rayos de luz» (poesías).

«Del corazón de mi tierra» (cuentos en prosa).

Prologó también numerosas obras ajenas y dio conferencias notables en diversas fiestas literarias.

Poseía un copioso archivo histórico. Mucha parte lo vertió en las páginas de «Don Lope de Sosa». ¿Qué ha sido del resto? Es una lástima que no haya podido utilizarse para completar la historia de la provincia, inédita en gran parte por esta circunstancia.

Y acabo por no saber cuanto tenía que saber para trazar un estudio más documentado de este gran periodista, que hizo del sentimiento una religión y un culto de su deber; que tuvo un corazón infantil; que fue poeta porque tenía luces del cielo en el alma; que fue filósofo porque el dolor le enseñó a serlo; que supo llorar y reír porque conoció la miseria y la abundancia; que fue humorista y satírico porque, como Quevedo, vio claro a través de las virtudes ajenas y pudo aprender que no eran más que la capa con que se cubrían las pasiones.

En síntesis, era un hombre bueno, amable, honrado, laborioso y sencillo, digno de recuerdo y de imitación.

El autor de estas líneas ha puesto el corazón para decir todo lo que en ellas dice.